



contribución de la iglesia

Joseba Azkarraga

En primer lugar, gracias por su invitación para participar en estas *VII Jornadas de Herria 2000 Eliza*.

La verdad es que la invitación para intervenir en el foro, me causó un cierta sorpresa. Y lo explico.

Es cierto, que desde que abandoné el primer plano de la actividad política, estoy integrado en la Red Ciudadana SARE, diría que prácticamente desde su creación, hace ahora un año.

Y esta participación en SARE, implica, por mi parte, un compromiso público, firme y activo, con la defensa de los derechos humanos de todas las personas. De las que han sido víctimas de la violencia, de todas las violencias y de las personas que están presas, como consecuencia del conflicto político que ha vivido y vive nuestro Pueblo.

En la invitación que me han hecho, me piden que hable sobre la posibilidad de presentar propuestas sobre el papel que puede, y a mi entender, también, debe, jugar la Iglesia vasca en ese objetivo común de consolidar la paz en nuestro Pueblo.

Tengo que confesar que esta invitación me produjo un cierto vértigo. No ando muy metido en las cosas de la Iglesia. Pero no me voy a escabullir.

Estoy seguro de que no soy nadie para dar consejos, pero si les explicaré mi opinión en un asunto, en el que la Iglesia, como comunidad y como institución, no puede desentenderse de un asunto que es clave para el futuro de los vascos.

Y hay una parte del poder político y judicial a la que ese futuro no parece importarle demasiado, por no decir nada. Estoy pensando, sobre todo, en el Gobierno de Madrid que se ha instalado en el “*tancredismo*” más absurdo y en un inmovilismo lacerante.

Al Gobierno español, no le ha preocupado ni le ocupa, lo más mínimo, cómo cerrar de forma segura la que ha sido una trágica historia de violencia, de muchas violencias, y fa-

cilitar así que se asiente definitivamente en nuestro Pueblo, una paz justa y duradera.

Yo soy de los que cree, que los conflictos se deben cerrar bien y desde el acuerdo entre las partes. Y hasta el momento, solo una de las partes, ha dado pasos en este objetivo.

La decisión de ETA de poner fin a la violencia hace casi cuatro años, supuso un primer paso. Un paso muy importante. Posteriormente, la decisión del colectivo de presos vascos, de hacer uso de la legislación penitenciaria, y reconocer el daño causado, fue un segundo paso. También importante.

Y qué ha hecho la otra parte?. Pasos hacia atrás. Mantener una política penitenciaria, basada en la venganza. Venganza, no solo hacia los presos y presas vascos, sino, también, hacia sus familiares. Colectivo este, que nunca ha sido juzgado ni condenado por delito alguno. Pero a los que se les obliga a recorrer cientos de kms. para poder visitar, en espacios muy cortos de tiempos, a sus familiares privados de libertad.

→ **Orain dela urte batzuk, eskubideen urraketen aurrean, ausardiazko jarrera hartu zuen Euskal Herriko Elizak eta, egun, beste aldera begira dagoela dirudi.**

Un Gobierno, que se niega, también, a acordar, con ETA, un proceso verificado y pactado de entrega de las armas.

Este es el único País del mundo, donde habiéndose practicado una violencia de carácter político, hay una organización que decide poner fin a su actividad e invita al Gobierno a acordar la entrega de las armas, y el Gobierno hace caso omiso de ello. Un Gobierno, que llega incluso a llevar ante la AN, al grupo de expertos en resolución de conflictos, que llegan a EH, tratando de ayudar en poner fin a este problema. Es un Gobierno que quiere perpetuar el enfrentamiento y el dolor.

Un Gobierno que hace unos meses, en el FORO POR LA PAZ, que reunió a expertos y políticos para debatir sobre el mo-

delo de justicia transicional alababa la valentía del Gobierno de Colombia para afrontar su proceso de paz y negociación con la guerrilla y donde se dijeron cosas como: *Hay que romper el paradigma de que justicia es igual a cárcel o todo el mundo quiere la paz, por la que hay un precio que pagar.*

Pedimos al Gobierno español, que sea coherente con el discurso que mantiene sobre el proceso colombiano y se apreste, desde su máxima responsabilidad, a poner punto final al proceso vasco. Y hacerlo desde la humanización del conflicto.

ETA, tomó hace cuatro años la decisión que más nos importa. Poner fin a su actividad violenta. Y esta es una decisión clara y contundente.

Y esto supone hoy, que nuestra atención debe centrarse en las víctimas y en los presos, además de encarar un conflicto político, que ya existía antes de que surgiera “*Euskadi ta Askatasuna*” y que continua hoy pendiente.

Y resulta, que estando como estamos, ante una situación nueva y esperanzadora, una situación en la que algunos son todavía muy vulnerables, como es el caso de las víctimas y de los presos, hay una voz que apenas se escucha, la de la Iglesia vasca. Por lo menos la de la Iglesia oficial. La de la Iglesia-Institución.

Una nueva actitud

Confieso que me asombra este silencio. Porque, prácticamente, desde 1975, los Obispos de Pamplona, Bilbao, Donostia y Gasteiz, se han venido pronunciando en distintos documentos y cartas pastorales sobre un amplio conjunto de temas y entre ellos, los relativos a la violencia, a la paz, a la reconciliación o a la justicia.

Citaré, por ejemplo, una referencia a la carta pastoral de los Obispos de San Sebastián y Bilbao en la Navidad de 1.976, cuando afirmaban que *“no construiremos la paz entre nosotros si no adoptamos, todos, posturas y actitudes de verdadera reconciliación, y si no damos gestos sinceros que expresen el deseo de iniciar un futuro nuevo, edificado sobre bases éticamente superiores. Hemos de liberarnos de la dialéctica inhumana ente vencedores y vencidos, para restañar unas heridas que dividen al pueblo y son causa de deseos de venganza y de represiones”*.

Sin duda, esta pastoral de hace 40 años, cobra hoy actualidad, porque hay quienes quieren introducirnos en esa espiral inhumana de vencedores y vencidos, de venganza y de represión.

Si por algo he querido aludir a esta carta pastoral, es para recalcar la importancia de aquella actitud. En aquel momento, al inicio de la llamada transición, los obispos se dirigían a los miembros de su comunidad reclamando una *“actitud activa”* a favor de la paz.

Hoy a la silente cúpula de la Iglesia vasca (al menos silente en esta cuestión), debemos exigirle una nueva actitud pacificadora.

Colaboración

Yo sí creo, que en los tiempos más duros y complicados hubo actuaciones valientes por parte de la Iglesia vasca. Pienso, por ejemplo, en los últimos meses de 1.987, cuando el 12 de diciembre, divulgaron la carta pastoral Diálogo y negociación por la paz.

En aquella pastoral no eludieron cuestiones conflictivas, como las referidas al *“modelo político-institucional”* o al *“debate sobre la autodeterminación”*

Y en su carta pastoral, se ofrecieron abiertamente a colaborar en la paz.

Quienes firmaron aquella carta defendían que no se puede vivir mirando siempre hacia el pasado y que la voluntad de construir un futuro juntos debía sobreponerse a cualquier revancha o ajuste de cuentas.

Hoy, no se escucha ofrecimiento concreto de colaboración alguna a la cúpula de la iglesia vasca. Da la impresión, que la Iglesia vasca ha considerado que con el fin de la actividad violenta de ETA, se ha terminado el problema.

→ **Aita Sainduak, bakearen eta elkarbizitzaren alde lan egitera bultzatzen gaitu, beti elkarrizketa emankor bat sustatuz eta, bestetik, behar duten pertsonenganako gizatiar hurbilketa ziurtatzera eta, une honetan biktimak eta presoak dira, hain zuzen.**



Y no es cierto. Las consecuencias del conflicto violento vivido durante muchos años, continúan manteniéndose. Y consecuencia del conflicto, son las víctimas, por supuesto. Pero también, lo son la existencia de cerca de 500 presos y presas, a los cuales se les vulnera diariamente sus derechos. Yo me pregunto. ¿Es que es necesario recordar a la Iglesia vasca que deben de posicionarse sobre esta vulneración de derechos? Es necesario recordar, que deben de posicionarse sobre la aplicación excepcional de leyes, a este colectivo de presos, que posibilitan se anulen sus derechos? ¿Es que es necesario recordar hoy todavía, que existen presos y presas con enfermedades, en algunos casos terminales, que tienen derecho a cumplir los años de prisión que les queden, en sus domicilios?

Son estas las preguntas, que una parte de la sociedad vasca, hace a la Iglesia vasca. A esa Iglesia que supo posicionarse con valentía hace unos años, y que hoy parece mirar hacia otro lado, ante estas vulneraciones de derechos.

El mediador

Sin embargo, atiendo con especial interés la actitud y los mensajes del Papa Francisco. La verdad es que Jorge Mario Bergoglio, está haciendo muchas cosas nuevas que animan a la esperanza. Y por ceñirme al asunto que nos reúne, aludiré a ese ejercicio de mediador en conflictos que ha aflorado en los últimos meses.

Se le atribuye un papel importante en el deshielo de las relaciones entre Cuba y EEUU; en las conversaciones de paz en Colombia; en el cierre de esa vergüenza llamada Guantánamo; en la búsqueda de salidas a la ruptura del diálogo entre Israel y Palestina...

En resumen, el Papa no elude abordar los problemas más caudales, porque en todos ellos hay cuestiones humanitarias que resolver; cuestiones que tienen que ver con los DDHH. O para recordarnos que los presos son también ciudadanos que tienen derechos.

Cosas por hacer

Bueno, pues la del Papa es una pauta de comportamiento para la Iglesia.

Por un lado, trabajar a favor de la paz y la convivencia, animando y promoviendo siempre el dialogo fructífero, y, por otro, asegurar el acercamiento humanitario a las personas que lo precisan y que en estos momentos son las víctimas y los presos.

Nadie discute hoy, que las personas que han sufrido violaciones graves de derechos humanos tienen que tener reconocido su derecho a la verdad, a la justicia y a la reparación.

Sin embargo, hay aún quien discrimina esas vulneraciones en función de quien haya sido el protagonista de la vulne-

ración. (ETA, GAL, FUERZAS DE SEGURIDAD, INCONTROLADOS,...). Entiendo que la Iglesia vasca, puede y debe hacer todo lo que esté en sus manos para favorecer el reconocimiento de esos derechos a todos los que hayan sufrido una vulneración y tiene que hacerlo de forma justa.

Reconozco que los implicados en la Pastoral penitenciaria, junto con activas ONGs hacen una importante labor en las cárceles vascas. Pero en estos momentos, tenemos a cerca de 500 presos y presas vascos que, alejados de su entorno social y de sus familias, ven limitados sus derechos. Defender el fin de la dispersión supone apostar por la humanización del conflicto.

Hay muchos, muchas vascas y vascos que, por encima de sus ideas políticas, comparten esa apuesta que quiere dar valor a la persona presa más allá de las responsabilidades penales que pueda haber contraído. Por eso, sería bueno y esperanzador escuchar la voz de la Iglesia en este punto. Creo que desde la Iglesia Institución no se está haciendo en estos momentos un esfuerzo para analizar y descubrir qué es lo que pasa, qué dimensiones tienen los cambios y qué respuesta darles. Por eso creo que, huyendo de cualquier estrategia oportunista, quienes representan a la Iglesia vasca, deben ser hoy ejemplo de la lucha por la justicia. Creo que tienen que asumir que el asentamiento de la paz es hoy un problema que afecta a toda la comunidad y que por eso, también la Iglesia debe participar en la búsqueda de las soluciones.

Conclusiones

Termino reconociendo que me parece pobre el balance de lo que la Iglesia Vasca está haciendo hoy para asentar la convivencia y la paz en nuestro pueblo.

Me da la impresión de que se conforma con la NO violencia. Que se acomoda. Y, personalmente, me gustaría un compromiso más activo. Estimo que una nueva actitud y una palabra más constante en defensa de la humanización de un problema que ha tenido mucho de inhumano, harían un gran favor.

La Iglesia dispone de herramientas para llegar a muchos ciudadanos y para el trabajo silencioso y productivo en torno a quienes toman decisiones.

Espero y deseo que siga el ejemplo de quién hoy ocupa su máxima cabeza, el Papa Francisco, quien ha dicho recientemente que para conseguir la paz se necesita valor, mucho más que para hacer la guerra.

Pues eso, valor, decisión y cercanía a los hombres y mujeres de nuestro Pueblo que anhelan una sociedad democrática, justa y en paz, donde la defensa de los DDHH, sea una constante para todos, también para los gobernantes.